



A MODO DE CONCLUSIÓN¹

VIII Campus Euroamericano de Cooperación Cultural

Cuenca, Ecuador, 28-30 noviembre 2012

Eduard Miralles

Durante estos tres días más de 250 personas (entre gestores, políticos, creadores e investigadores) procedentes de 17 países de América Latina y Europa han reflexionado sobre los desafíos, las oportunidades y las posibilidades de este nuevo triángulo que conforma las relaciones entre cultura, cooperación y desarrollo a lo largo de 5 sesiones plenarias de diálogo, 12 "netshops" o talleres, 40 "showcases" o presentaciones de experiencias y un número indeterminado de conversaciones informales.

En el itinerario de este VIII Campus, y de acuerdo con las previsiones iniciales expresadas en el programa del mismo, podríamos subrayar la existencia de cuatro estaciones principales, identificables bajo los conceptos de "desarrollo", "diversidad", "sostenibilidad" y "cooperación". A lo largo y a lo ancho de la multiplicidad de itinerarios que han atado y desatado dichos conceptos en sus distintas sesiones, en esta recopilación final podríamos decir que emergen cuatro espacios de reflexión fundamentales.

El primer espacio de reflexión tiene que ver con la necesidad de repensar, diríase que de reinventar incluso, las categorías relativas al **desarrollo**, y de hacerlo además desde una perspectiva plural. Hablar de desarrollo hoy día no está de moda, probablemente a causa tanto de la crisis global como del cuestionamiento generalizado de los modelos tradicionales basados en una perspectiva estrictamente material e incrementalista en lo que a los conceptos de "progreso" y "crecimiento" respecta. Mientras que los países del Norte se replantean la viabilidad del bienestar, en otras regiones del mundo surgen formulaciones inspiradas en sus culturas ancestrales (como el "buen vivir" o "sumak kawsay" en la región andina) o producto de la adaptación en clave local o regional de paradigmas inicialmente exógenos (como es el caso de las relecturas sudamericanas de la llamada "cohesión social"). En cualquiera de estos contextos y situaciones, la relación de la cultura con el desarrollo debe ser también redefinida, desde una perspectiva que entiende a la primera, a la cultura, no sólo como un factor meramente instrumental, propiciador o catalizador de lo

¹ Elaboración a partir de la intervención de Eduard Miralles, Presidente de la Fundación Interarts, en la sesión de clausura del VIII Campus celebrada el 30 de noviembre del 2012.

segundo, es decir, del desarrollo. No basta pues simplemente con decir que “sin cultura no hay desarrollo”, sino que hoy día, además, debemos afirmar y afirmamos, en consonancia con algunas elaboraciones contemporáneas como aquellas que se derivan de la denominada Agenda 21 de la Cultura, que “sin desarrollo cultural el desarrollo está incompleto”, y deviene en consecuencia algo poco o nada sostenible.

En segundo lugar, el concepto de **diversidad** se ha instalado en el corazón de buena parte de los debates políticos, sociales y culturales contemporáneos. La diversidad constituye una categoría nueva y compleja; si por una parte debemos afirmar que existen diversas “diversidades” (no es lo mismo, en este sentido, hablar de diversidad en relación con los pueblos originarios y sus culturas que hacerlo, a escala europea, respecto a las lenguas y culturas sin un estado propio que actúe en su salvaguarda o referirnos a la diversidad producto de los procesos migratorios a gran escala), por otra parte debemos reconocer que la diversidad, en clave política, se establece en una tensión dialéctica compleja con el concepto de igualdad. En el mundo occidental, desde los tiempos de la Ilustración y la Revolución Francesa, casi todos los ensayos de armar una política pública se han ejecutado en nombre de la igualdad. No sólo en su nombre – recuérdese, en la clásica trilogía, el papel de la fraternidad y de la libertad – pero sí siempre en su nombre. El Estado, en todos sus niveles y manifestaciones, se ha armado a sí mismo en gran medida como una máquina susceptible de operar a condición del cumplimiento inexorable del principio de igualdad entre la ciudadanía, principio que, de hecho, se convirtió en condición insustituible para el ejercicio de dicha ciudadanía. Ello no obstante, hoy entendemos que es imprescindible dar un paso más, y que un nuevo Estado se conciba desde un nuevo principio, no basado en la igualdad sino en la diferencia, es decir, en el reconocimiento de la diversidad. Una diversidad que, en palabras del paleontólogo catalán Eudald Carbonell, pronunciadas en el curso de su intervención en el VI Campus (Buenos Aires, 2009), “*constituye una condición fundamental para la supervivencia. Sin diversidad, la humanidad está amenazada como especie*”. Una diversidad, en definitiva, que en términos culturales se constituye en algo indispensable para la inclusión y la cohesión. En palabras del malogrado Eduard Delgado, fundador de Interarts y de estos campus, pronunciadas en la segunda edición del mismo (Cartagena de Indias, 2001): “*Las prácticas del espacio público, la educación y la cultura se hallan en la base de uno de los valores más preciados en todas las sociedades: la confianza. Confianza fundamentalmente en que mis referentes expresivos y creativos, base de mi relación con el mundo y conmigo mismo, forman parte inviolable de mi persona y de mi dignidad. Una reciprocidad que crea nexos de confianza sin los cuales no se puede hablar de cohesión social ni de diversidad cultural. Hoy se habla de sociedad del conocimiento, pero en realidad la carencia principal en dicha sociedad es el reconocimiento*”. De ahí la necesidad de hilar fino en la habitual discriminación entre las nociones de “distinción”, “diferencia” y

“desigualdad”, postulando el reconocimiento de una diversidad no propiciadora de la exclusión y la fractura, sino de la cohesión y la inclusión.

El tercer espacio de reflexión tiene que ver sin duda con la cuestión de la **sostenibilidad** y sus relaciones con la cultura. La especie humana habita en la intersección de dos esferas, la esfera de lo natural y la esfera de lo cultural. Y ambas esferas están sujetas a unos sistemas de regulación inexorables, aunque de naturaleza distinta e incluso antagónica. Aún a pesar de que la imaginación y la creatividad, recursos culturales por excelencia, son infinitos y no están sujetos a las leyes de conservación de la naturaleza, su carácter es así mismo frágil y delicado. Del mismo modo que tras la Revolución Industrial hubo que esperar al paso de largos decenios hasta la emergencia de una conciencia medioambientalista y de una sociedad civil militante en torno a la escasez y la finitud de los recursos naturales en uso y abuso por parte de la producción industrial, en nuestros días asistimos a un momento similar en torno a la esfera de la cultura y a su uso frecuentemente indiscriminado en el nuevo modo de producción inmaterial que se inscribe en un nuevo contexto de globalización y digitalización avanzadas. Se impone, en consecuencia, tanto la necesidad de avanzar hacia una nueva conciencia de sostenibilidad vinculada a la cultura y a sus lógicas propias y específicas como la necesidad de promover un nuevo aliento hacia la sociedad civil cultural. Valga en este sentido como referencia la campaña “We Are More” promovida por distintas organizaciones culturales paneuropeas y destinada a crear conciencia sobre la necesaria centralidad de la cultura y los recursos a ella destinados en los nuevos programas de la Unión Europea para el período 2014-2020, campaña que ha movilizó más de 35.000 ciudadanos germen de una nueva militancia sustentada en la conciencia ecológico-cultural.

Finalmente, buena parte de las discusiones, comentarios, debates y aportaciones llevadas a cabo en las sesiones de este VIII Campus han desembocado en un cuarto espacio de reflexión, el relativo a la **cooperación** en general y la **cooperación cultural** en particular. Existe una continuidad indiscutible entre el cuestionamiento de categorías tales como el desarrollo, la diversidad y la sostenibilidad y la evidencia de que los escenarios de la cooperación cultural en el mundo contemporáneo están cambiando rápidamente. Sus actores y sus acciones no son ya los que fueron hace un tiempo. La coyuntura contemporánea cuestiona los roles de un Norte habitualmente donante y de un Sur receptor, abriendo nuevos escenarios basados en la horizontalidad y la reciprocidad. Nuevos actores (gobiernos subestatales, sociedad civil, coaliciones público-privadas) y nuevas actuaciones (construcción de ciudadanía, diseño de instrumentos de planificación, gestión y evaluación) emergen en el panorama contemporáneo de la cooperación cultural internacional, en abierta superación de los modelos tradicionales de la diplomacia artística, basada en la consideración de la cultura como “poder blando” -*soft power*- que lubrica las relaciones internacionales. En este contexto cabe subrayar la

EUROAMERICANO

VIII CAMPUS DE COOPERACIÓN CULTURAL

creciente importancia de lo local, algo ya abordado repetidamente en anteriores ediciones del presente evento y, en especial, en el VII Campus (Las Palmas de Gran Canaria, 2010), y la pertinencia de considerar a las ciudades y sus gobiernos locales no sólo como "contenedores de problemas de origen mundial" (Bauman), sino como laboratorio privilegiado e "inteligente" de soluciones adecuadas para dichos problemas, como bien se constata en el fenómeno emergente de las nuevas "smart cities" entre las que Cuenca, ciudad anfitriona de nuestro encuentro, quiere, puede y debe jugar de manera rotunda e indiscutible.

Permítasenos una reflexión final sobre algo que constituye parte de la estructura profunda de nuestros campus: las posibilidades y limitaciones de un hipotético espacio "euroamericano" para la cultura. La construcción de dicho espacio es un proceso en permanente progresión, una zona "en obras" no exenta de dificultades y complejidades. Una aventura con considerables dosis de utopía de la que el Campus Euroamericano de Cooperación Cultural es a la vez causa y efecto, proceso y resultado. Conocerse para reconocerse, y reconocerse para cooperar es algo que en clave euroamericana está en buena medida por hacer. Euroamérica es un espacio que no existe, salvo que decidamos que debe ser inventado. De ahí la importancia de continuar apostando por esta iniciativa que, tras doce años y ocho ediciones continuadas, quizás sea uno de los mejores sismógrafos sobre el estado de la cuestión de la cooperación cultural euroamericana. Con el sueño genérico, más allá de los deseos concretos que algún día el campus sea, más que un evento o convocatoria puntual de periodicidad bienal, un espacio continuado de cooperación para el desarrollo cultural euroamericano, con hitos específicos y encuentros presenciales en concreto. Ojalá que así sea.

Las opiniones manifestadas en este documento son responsabilidad de su autor, no reflejando necesariamente la opinión de las entidades organizadoras del VIII Campus, titulares de los derechos de reproducción, comunicación y distribución pública. Para una reproducción de los contenidos, solicitar autorización previa a info@campuseuroamericano.org.

